

INVITACIÓN AL OPTIMISMO

INVITATION TO OPTIMISM

M.A. Santos Guerra

AULA DE ENCUENTRO • NÚM. 15 • pp. 191 - 198 • JULIO 2013

RESUMEN

“Invitación al optimismo” es un cántico a la esperanza, a la ilusión y al entusiasmo en el desarrollo de la difícil pero hermosa tarea de educar. La pedagogía del lamento queda atrás a través de las claves que presenta el artículo para convertir la experiencia en sabiduría y en motivo de satisfacción y crecimiento.

PALABRAS CLAVE

Educación, optimismo, capacidad emocional, trabajo en equipo, satisfacción profesional.

ABSTRACT

“Invitation to optimism” is a song of hope, excitement and enthusiasm in developing the difficult but beautiful task which is education. The pedagogy of regret is left behind through the proposals which this article presents to turn the experience into wisdom, satisfaction and growth.

KEY WORDS

Education, optimism, emotional capability, group work, professional satisfaction.

Existen “estados de opinión” y también “estados emocionales”. Se producen corrientes de pensamiento y, cómo no, corrientes de sentimiento y de ánimo. Esos “estados” pueden caracterizar a una población entera o a un colectivo dentro de ella. Cuando se habla de ellos no se quiere decir que todos y cada uno de los integrantes de un colectivo tengan la misma idea o vivan idéntica emoción. Podemos decir, por ejemplo, que el profesorado está “satisfecho con la LOCE” o que los médicos están “descontentos con las estructuras sanitarias”, que “los jueces están abrumados por la tarea” sin afirmar por ello que todos los individuos de estos colectivos, sin excepción, participen de esa dinámica emocional.

¿Qué pensar, hoy, de los docentes? De forma reiterada oigo decir que están sumidos en un clima de desaliento, que tienen un estado de ánimo pesimista y desesperanzado, que viven un malestar que lo tiñe todo de un tono bajo, de una lamentable falta de entusiasmo. No es fácil hacer un diagnóstico del “estado emocional” de los docentes, pero desde hace algunos años se viene

insistiendo en la presencia de un grave malestar, especialmente entre los docentes de Secundaria. No en el de todos, claro está. Se habla insistentemente de conflictividad en las aulas, de falta de motivación del alumnado, de dificultades intrínsecas a la práctica, de grave desafección de las familias respecto a las escuelas, de poca coherencia en quienes dirigen la educación, de poca valoración social de su actividad... Y de un consecuente malestar o de una inevitable decepción.

Vivimos una época en la que se magnifica la maldad y la desgracia. Basta ver la primera página de los periódicos para comprobarlo. No es noticia la paz, ni la solidaridad, ni la vida, ni el afecto. Es noticia la muerte, el terror, la destrucción, la catástrofe. “Dale la vuelta al periódico, que viene el niño”, dice el padre a la madre ante la carga de horrores de las noticias más relevantes que ocupan la primera página. Digamos que la bondad no cautiva a las audiencias. Tampoco en la esfera de la enseñanza. Es noticia que un alumno persiga a un profesor por un pasillo con un cuchillo, no lo es que millones de escolares estén trabajando pacífica y afectuosamente con sus profesores en las aulas.

No quiero pecar de ingenuo. Sé que existen dificultades y problemas en el desarrollo de la tarea educativa. Unos son tradicionales e inherentes a la naturaleza de la actividad y a la idiosincrasia de la institución en la que se desarrolla y otros son novedosos y propios del momento y las circunstancias que estamos viviendo. De ahí a decir que los profesores son los profesionales con peor situación y con mayores tasas de depresión y de conflicto hay un abismo.

En la sociedad neoliberal priman unos postulados que resultan contraproducentes para los presupuestos que sostienen una auténtica actividad educativa. Lo que hoy está de moda es el individualismo, la competitividad, el relativismo moral, la presión del éxito, la obsesión por la eficacia, la hipertrofia de la apariencia, la adición al consumo, la búsqueda del hedonismo... No es fácil remar contracorriente o avanzar contra la fuerza del viento. Porque esos postulados no sólo inspiran y dominan las grandes políticas y los enfoques de la macroeconomía. Esos postulados se instalan en las concepciones, en las actitudes y en las prácticas cotidianas de las personas.

Es posible que después de un período en el que se ha vivido la emoción optimista de un cambio que luego se frustró venga una etapa de pesimismo y decepción. De eso hablan algunos docentes que vivieron en España hace años una etapa de fuerte compromiso, de experimentación pedagógica y de transformación política. Muchos profesores entusiastas, comprometidos en movimientos de renovación fueron fagocitados por la administración educativa. Otros fueron vencidos por el cansancio o la incertidumbre. Se “han quemado”, dicen.

Así comienza sus memorias pedagógicas un profesor de aquella época que acaba de escribir sus memorias pedagógicas: “Los mejores años (este es el título del libro que ha escrito)... una historia con título muy especial para hablar de una derrota, aparente derrota, de un profesor de secundaria, desertor de la Universidad, y desertor, aparente desertor, precisamente de la aventura que llama sus mejores años, en el instituto Badalona 9” (Sánchez-Enciso, 2003).

No puedo por menos de solidarizarme con el profesional de la enseñanza que se encuentra con dificultades extremas para conseguir una mínima atención de los alumnos y para despertar una minúscula motivación por el aprendizaje. Con el docente que vive en el seno de un grupo profesional conflictivizado y escéptico o que se relaciona con familias agresivas e intemperantes.

Sé que es imposible enseñar a quien no quiere aprender. Porque el verbo aprender como el verbo amar no pueden conjugarse en imperativo. Sólo aprende el que quiere. Sé que los profesionales de la educación tienen competidores potentes que actúan por la vía de la seducción sobre los alumnos, no por la de la argumentación que se utiliza en la escuela. Sé también que muchos docentes han llegado a la profesión por caminos tortuosos y con una preparación específica escasamente coherente y en nada eficaz para poder ejercerla de manera satisfactoria.

He visto a miles de profesores en otros países (me refiero especialmente a docentes hispanoamericanos) que trabajan con unos salarios miserables, en unas condiciones pésimas, con problemas políticos y sociales gravísimos, con alumnos hambrientos y los he visto trabajar con un entusiasmo, con una capacidad de sacrificio y con un deseo de aprender admirables. Me he preguntado muchas veces por la fuente de su entusiasmo, de su esperanza, de su optimismo.

Todos los profesores pasan por situaciones positivas y negativas. Pero no es igual la forma de afrontar esas situaciones por las personas que las viven. La forma de responder ante ellas resulta decisiva. La actitud optimista hace que reaccionemos ante los hechos positivos como si su origen fuese personal, con tendencia generalizada y carácter permanente. “Mis alumnos han obtenido buenas notas porque yo (personal) soy un buen profesor (dimensión permanente) y es probable que suceda lo mismo en la próxima evaluación (tendencia generalizadora)”. Y ante los negativos como algo específico, de origen externo y de carácter temporal “Mis alumnos han sacado malas notas porque esta evaluación (carácter específico) tenía contenidos difíciles (causa externa), pero en la próxima evaluación todo será diferente (temporalidad)”.

La decepción proviene, a veces, de un análisis deficiente de la realidad, de unas expectativas desbordadas y poco realistas. Desesperarse porque los adolescentes sean respondones, porque los niños sean inquietos, porque en los grupos haya problemas, es tener una visión desajustada de la realidad. Si los alumnos estuviesen ya plenamente formados, si fuesen aprendices autónomos y responsables, si supiesen comportarse en cada momento, ¿para qué y por qué deberían acudir a las instituciones educativas? Lo dice Phillip Merieu de forma muy clara: “La escuela y los comportamientos de los alumnos no pueden transformarse por decreto. Un grupo de niños o de adolescentes no acceden a la sociabilidad respetuosa de las personas que lo constituyen porque un adulto lo pida o intente imponerle a la fuerza”.

Quiero plantear aquí algunas ideas sobre el modo de convertir la experiencia en sabiduría y en motivo de satisfacción y de crecimiento. Sea cual fuera el estado de ánimo del colectivo, lo que quiero en estas líneas es hacer hincapié en algunos motivos (intrínsecos a la tarea unos, otros circunstanciales) que exigen y a la vez generan optimismo y esperanza.

1. La tarea educativa es consustancial con el optimismo. De hecho se basa en el presupuesto de que el ser humano es perfectible. Negar este postulado inhabilita para el ejercicio de la profesión docente. “La educabilidad se rompe en el momento en el que decimos que el otro no puede mejorar y que nosotros no podemos ayudarle a hacerlo” (Merieu, 1998).

La tarea educativa no se puede entender ni ejercer sin optimismo. Perdería su sentido más profundo. Formulando persistentemente profecías demoledoras, será fácil que se vayan cumpliendo inexorablemente. ¿Puede operar con éxito un riñón un médico sumido en una crisis de pesimismo y desesperanza? Puede. ¿Es posible que un arquitecto haga unos originales planos de un edificio? Puede. Pero es imposible que pueda educar una persona que ha perdido la confianza en sí mismo y en el ser humano con el que trabaja.

“Como individuos y como ciudadanos tenemos derecho a verlo todo del color característico de la mayor parte de las hormigas y de gran número de teléfonos antiguos, es decir, muy negro. Pero en cuanto a educadores no nos queda más remedio que ser optimistas. Y es que la enseñanza presupone el optimismo tal como la natación exige un medio líquido para ejercitarse.

Quien no quiera mojarse, debe abandonar la natación; quien sienta repugnancia ante el optimismo, que deje la enseñanza y que no pretenda pensar en qué consiste la educación. Porque educar es creer en la perfectibilidad humana, en la capacidad innata de aprender y en el deseo de saber que la anima... Los pesimistas, pueden ser buenos domadores pero no buenos maestros.” (Savater, 1997).

Esta larga cita pone en entredicho un fenómeno sociológico cuya existencia es difícil negar y, probablemente, corregir. Me refiero al hecho de que muchos docentes (sobre todo en secundaria) trabajen en la docencia sin el deseo inicial expreso de dedicarse a ella. Su decisión ha podido deberse, en algunos casos, a una coyuntura sociológica que ha cerrado otras puertas que pretendieron abrir. Podemos decir que son docentes muy a pesar suyo. “Porque hay que comer”, “porque hay que vivir”, dicen cuando se les pregunta por qué están trabajando en una escuela. Pero, cada vez es más cierto que si no se puede hacer lo que se quiere sí se puede querer lo que se hace.

2. Se trata de una tarea que supone y exige relaciones interpersonales lo que, potencialmente al menos, resulta más gratificante que la simple manipulación de materiales sin capacidad emocional, buena o mala. No es igual trabajar con prendas de vestir, con productos químicos, con talones bancarios o con piezas de vehículos. Es cierto que las personas pueden reaccionar conflictivamente, pero también es cierto que las personas pueden responder con sensibilidad y afecto.

¿Por qué domina más en el discurso educativo y en las preocupaciones docentes el modo de afrontar los problemas que la manera de disfrutar de las potenciales satisfacciones que brinda? Es más fácil que surja en la sala de profesores una conversación sobre el conflicto o la dificultad que sobre la satisfacción y el éxito.

3. Trabajar con la infancia y la juventud es una invitación a la esperanza y al optimismo. Tienen salud, muestran una vitalidad extraordinaria, hacen proyectos, tienen la vida por delante. La distancia generacional puede crear un abismo entre docentes y alumnos (una distancia que, por ley de vida, se agranda progresivamente) o puede invitar a construir puentes que permitan mantener el diálogo, la relación y la convivencia democrática.

Trabajar en un Hospital, en un Geriátrico, en un Psiquiátrico, en un Centro Penitenciario o en un Centro de Salud Mental conlleva relaciones de los profesionales con personas que tienen dificultades vitales o sociales. No sucede lo mismo habitualmente en un Colegio o en un Instituto. Algunos niños y jóvenes tienen problemas, pero no es lo habitual.

4. La repercusión de la tarea del educador o educadora es casi inevitable. No tiene ni la inmediatez ni la visibilidad que la de otras profesionales, es cierto, pero creo que se puede afirmar que las sementeras de la educación son inevitables. A veces, eso sí, se producen a largo plazo. Me agrada ver con qué frecuencia agradecen los pacientes la atención recibida de los profesionales de la salud. Basta leer las Cartas al Director o Directora de cualquier periódico para comprobar que muchas personas muestran gratitud por la atención recibida del equipo sanitario, incluso en ocasiones en las que el final ha sido el fallecimiento de un familiar. No es tan frecuente ver esas mismas muestras respecto y gratitud a los docentes. Pero el beneficio recibido no es menor. Lo que sucede es que es menos visible y, a veces, más tardío. Merieu ha escrito una obra con título lapidario y significativo: “Educación o guerra civil”. Con la misma contundencia se expresa Herbert G. Wells: “La historia de la humanidad es una larga carrera entre la educación y la catástrofe”. Los profesores y profesoras están en la educación.

Es magnífica la carta que Frei Betto (2003) ha escrito al fallecido Paulo Freire agradeciéndole la influencia que tuvo cuando fue profesor del presidente brasileño Lula: “A lo largo de las últimas cuatro décadas sus alumnos fueron pasando de la esfera de la ingenuidad a la esfera de la crítica, de la pasividad a la militancia, del dolor a la esperanza, de la resignación a la utopía (...) Lula, profesor, es la expresión más notoria de este proceso (...). Por este nuevo Brasil, muchas gracias, profesor Paulo Freire”.

5. Se trata de una tarea ejercida en un equipo profesional. También aquí existe la doble posibilidad: puede haber conflicto o satisfacción. ¿Por qué ha de tener más peso la dimensión negativa y pesimista? En el seno de un grupo es posible encontrar intercambio, diálogo, ayuda, respaldo, solidaridad, afecto y aprendizaje.

Las enormes posibilidades que encierra el trabajo colegiado no son frecuentemente explotadas para el enriquecimiento de los profesionales. La micropolítica de las instituciones permite comprobar que dominan abundan más las actitudes balcanizadoras que las cooperativas (Hargreaves, 1996).

6. Frecuentemente se vive la tarea desde un intenso presentismo, desconectada de la visión de conjunto que ofrece la historia de la educación en el mundo. Millones de profesionales de la educación han trabajado en las aulas durante la historia de la escuela haciendo posible la iluminación del pensamiento, la transmisión de los saberes y el aprendizaje de la convivencia. Pertenecer a ese ejército pacífico, a esa legión de personas que han contribuido tan eficazmente a la lucha de la dignidad es una fuente de esperanza.

Es sorprendente el espíritu de cuerpo que tienen los militares, por ejemplo (o los médicos, o los abogados, o los bomberos...), la conciencia de la que alardean de ser defensores de la paz y garantes de la democracia. Tan sorprendente como el escaso sentido de cuerpo que muestran los educadores de un país.

7. Lo mismo habría que decir de la pertenencia a ese inmenso cuerpo de profesionales que hoy, en el mundo, está haciendo posible el aprendizaje, el deseo de saber, la búsqueda de la verdad. Si la historia de la humanidad es una larga carrera entre la educación y la catástrofe, es un motivo de satisfacción pertenecer a ese inmenso grupo de parteros del pensamiento. En un momento de la historia en el que tener acceso a la información confiere poder, los educadores se dedican por oficio a compartir el conocimiento de que disponen y a facilitar e instar a la búsqueda de nuevos conocimientos.

Tres obreros trabajan en la construcción de la catedral de Chartres. Uno dice que está colocando una piedra, otro que está levantando una pared, el tercero piensa que está construyendo una catedral. Los tres realizan la misma tarea pero la perciben, la viven y hablan de ella de manera diferente.

8. La profesora Joan Dean (1991) dice que los educadores son poco dados a compartir los éxitos y los motivos de satisfacción que se encuentran en su práctica diaria. Están más propensos, dice, a comentar los problemas y a alimentar los fracasos. Por eso se privan de una rica fuente de motivación y de esperanza.

Compartir los éxitos, las satisfacciones, las manifestaciones de gratitud expresadas por los alumnos o por sus padres es una fuente de optimismo, de estímulo y de esperanza.

Saber que muchos otros colegas trabajan con éxito, conocer sus motivos de satisfacción puede estimular a quien en un momento determinado siente el zarpazo de la desilusión o es golpeado por el desaliento y el fracaso.

9. Hay formas diferentes de enfocar la dificultad. Se pueden vivir como maldiciones o como retos. Un profesional de la medicina que se encuentra con una nueva enfermedad puede maldecir su profesión y su falta de preparación o puede estimularse para la investigación, el estudio y el fortalecimiento de su compromiso. Las dificultades de la enseñanza (grupos grandes, diversidad creciente, escasos materiales, malas condiciones, diversidad creciente, presión externa inhibitoria, escasa valoración de la práctica, problemas de disciplina, torpeza y desinterés de los políticos...) se pueden vivir de forma estimulante o de manera amarga y derrotista.

No quiero parecer cínico si digo que incluso de la dificultad se puede obtener un motivo de estímulo, pero así es. Basta ver con qué diferente actitud enfocan los problemas y las dificultades unos profesionales y otros.

10. La tarea de enseñar es una tarea que perpetúa a las personas en la forma de ser, de pensar y de sentir de otras. No tienen por qué pensar igual que nosotros, tienen que pensar. No tienen que asumir nuestro cuadro de valores, tienen que construirlo ellos. Pero ahí está la acción educativa,

en esa tremenda paradoja. Holderlin lo expresaba con una metáfora hermosa y profunda: “Los educadores forman a sus alumnos como los océanos a los continentes: retirándose”. Lo que nos dicen los alumnos a los profesores es “ayúdame a pensar por mí mismo, ayúdame a decidir por mí mismo, ayúdame a ser feliz...”.

“Enseñar es un ejercicio de inmortalidad. De alguna forma seguimos viviendo en aquellos cuyos ojos aprendieron a ver el mundo a través de la magia de nuestra palabra. Así, el profesor no muere nunca...” (Alves, 1996).

11. La consustancialidad del optimismo exige a la tarea docente preocuparse, buscar y cultivar la alegría y el optimismo del alumnado. No se defendería la actitud optimista del profesorado en una escuela que provoca y difunde la desolación, la sumisión, la falta de participación, la inutilidad de los saberes que enseña. Es decir que difícilmente podría haber profesores felices cuando los alumnos fueran desgraciados en la escuela.

Si los alumnos sufren en la escuela, si tienen que esforzarse en repetir conocimientos inertes y alejados de sus preocupaciones, si no participan democráticamente en el gobierno y en diseño de su currículum, si viven relaciones de lacerante sumisión con los profesores, es muy difícil que éstos trabajen felizmente en la escuela.

12. El perfeccionismo destruye la esperanza. La tarea educativa es de naturaleza problemática. Porque los seres humanos no son máquinas. En educación no siempre sucede que si A, entonces B. Lo que puede decirse en educación es que si A, entonces B, quizás. No se debe olvidar, además, la infinita diversidad de los alumnos. He dicho más de una vez que hay dos tipos de alumnos: los inclasificables y los de difícil clasificación.

Es una fuente de insatisfacción pensar que los fenómenos son simples, que la realidad es fácilmente manipulable, que el conocimiento está cerrado.

“El pensamiento complejo sabe que la certidumbre generalizada es un mito y que es más potente un pensamiento que reconoce la vaguedad y la imprecisión que un pensamiento que la excluye irreflexivamente” (Morin, Ciurana y Motta, 2003).

13. De la misma manera que podemos hacer hincapié en dolorosas y negativas situaciones sociales, podemos pensar en aquellos fenómenos que invitan al optimismo. Ha existido una guerra, es cierto. Pero se ha desatado en el mundo una corriente de pacifismo sin precedentes. Existe un avance peligroso de la globalización pero movimientos antiglobalizadores cargados de esperanza. Sigue presente el machismo, pero el feminismo está provocando una de las más grandes revoluciones de la historia. El mundo está bajo amenaza de destrucción por la contaminación y los agentes devastadores, pero los movimientos ecologistas permiten albergar grandes esperanzas. El mundo está dominado por fuerzas de poder y de egoísmo, pero hay poderosas ONGs que promueven y ejercitan la solidaridad en el mundo... ¿Por qué fijar la mirada sólo en aquello que nos desanima y nos hunde?

No preconizo un optimismo ingenuo y bobalicón que lleve a la complacencia y no a la autocrítica, a la parálisis y no a la innovación, a la pasividad y no al esfuerzo, a la pereza y no al compromiso. Creo que en la escuela hace falta dar cabida al sentimiento, a las emociones, a lo que insistentemente hoy se está denominando “inteligencia emocional”. Hace falta dar cabida al humor, a la fiesta, a la alegría, a la esperanza. Algunas escuelas son demasiado lúgubres. Excesivamente rígidas y formalistas. “Quizás nuestras escuelas y familias puedan comenzar a pensar seriamente en construir materiales, actividades y espacios que permitan desarrollar una cultura del humor” (Marujo y otros, 2003). Y es preciso superar los fracasos con mejor estilo, con mayor capacidad de reacción. Sin perder la exigencia pero con una actitud positiva.

Hay modos peligrosos y tramposos de huir del malestar. Ahí está, como ejemplo la filosofía y la estrategia de la LOCE. Reclamar el esfuerzo sólo de los alumnos, establecer controles

severos, implantar reválidas, expulsar a los alumnos problemáticos, seleccionar sólo a los mejores, endurecer las evaluaciones, recortar la participación, endurecer las sanciones, jerarquizar la vida de la escuela... No es por ahí por donde se sale de la ansiedad, si es que existe.

No hace falta decir que la misma tarea, en las mismas condiciones sería distinta vivida desde una actitud optimista. No hace falta insistir en las ventajas que tendría esta actitud esperanzada para los profesionales de la educación y para sus alumnos. De hecho hemos visto que a una cuarta que separa dos aulas (el espesor del tabique medianero), con los el mismo ministerio, la misma ley, la misma inspección, la misma dirección y hasta los mismos alumnos (divididos por la letra ele), trabajan dos profesores con actitud radicalmente distinta. Uno entusiasmado y feliz. El otro amargado y, por consiguiente, torturador.

Esta invitación al optimismo no significa conformismo y sumisión. Hay muchas cosas que mejorar en la educación. Disponer de más medios, tener una parte más activa en la política educativa, ganar autonomía y participación en los Centros (Santos Guerra, 2003), mejorar las condiciones de trabajo, estimular la práctica innovadora..., son exigencias ineludibles.

Si se hace un canto tan esperanzado del poder de la educación, si se proclama a los cuatro vientos su importancia y necesidad, ¿por qué quienes se dedican a ella han de vivir su tarea de forma entristecida? Obsérvese que no hay programa de televisión o de radio que aborde cualquier tipo de problemática social en el que no se diga que la solución se encuentra en la educación. Droga, alcoholismo, violencia, delincuencia, guerra, sida... tienen su principal solución preventiva en la educación. Si es así, que lo es, ¿cómo no potenciar la valoración de la tarea que realizan quienes se dedican a educar en las escuelas?

Dice José Antonio Marina (2003) que “el pesimismo goza de un prestigio intelectual que no merece, porque vivimos gracias a optimistas que creyeron, como Condorcet, en “la perfectibilidad ilimitada de la especie” o, dicho en términos más humildes, en que las cosas podían ser mejores”. La esterilidad de la pedagogía del lamento, de la maldición y de la desesperanza lleva al progresivo deterioro emocional y a la relación frustrante. Actuar con la autoestima destruida, asentar la práctica sobre profecías destructivas es abonarse al fracaso permanente. De ahí esta invitación al optimismo. La tarea de la educación tiene hoy dificultades pero merece la pena. ■

BIBLIOGRAFÍA

- Alves, R. (1996). *La alegría de enseñar*. Barcelona: Octaedro
- Betto, F. (2003). *Gracias, profesor*. Managua: Nuevo Diario.
- Dean, J. (1991). *Professional development in school*. London: Open University Press.
- Marujo, H.A., Neto, L.M. y Perloiro, M.F. (2003). *La pedagogía del optimismo*. Madrid: Narcea.
- Freire, P. (1997). *A la sombra de este árbol*. Barcelona: El Roure.
- Hargreaves, A. (1996). *Profesorado, cultura y postmodernidad*. Madrid: Morata.
- Marina, J.A (2003). *Los sueños de la razón*. Madrid: Anagrama.
- Merieu, P. (1998) *Frankenstein educador*. Octaedro: Barcelona.
- Morin, E., Clurana, E. y Motta, R. (2003). *Educación en la era planetaria*. Barcelona: Gedisa.
- Rojas Marcos, L. (2006). *La fuerza del optimismo*. Madrid: Aguilar. .
- Sánchez Enciso, J. (2003). *Los mejores años. Peripecia vital y profesional de un profesor de BUP*. Barcelona: Octaedro.
- Santos Guerra, M.A. (2003). *Arte y parte. Construir la democracia en la escuela*. Rosario (Argentina): Homo Sapiens.
- --- (2008). *La Pedagogía contra Frankenstein. y otros relatos contra el desaliento educativo*. Barcelona: Graó.
- --- (2010). *Pasión por la escuela. Cartas a la comunidad educativa*. Rosario (Argentina): Homo sapiens.

- Savater, F. (1997). *El valor de educar*. Barcelona: Ariel.
- Valera, B. (2012). *La rebelión de las moscas. Principios, reflexiones y pautas para las organizaciones optimistas*. Barcelona: Ediciones B.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

Santos Guerra, M.A. (2013). Invitación al optimismo. *Aula de Encuentro*, nº 15, pp. 191-198.

*Miguel Ángel Santos Guerra es
Doctor en Pedagogía y
Catedrático en el Departamento de Didáctica y Organización Escolar
de la Universidad de Málaga.
Correo-e: aalmagro@fundacionsafa.es*